

LAS BIENAVENTURANZAS (Franz Jalics)

“Jesús les enseñaba diciendo:

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.” (Mt. 5, 2-12)

Un hombre verdaderamente activo tiene que sentirse perdido ante las bienaventuranzas: ser pobre, llorar, no recurrir a la violencia, pasar hambre, ser misericordioso, tener un corazón puro, ser perseguido e insultado... Ninguna de estas actitudes puede alcanzarse mediante la actividad.

Trabajar por la paz sería la única. Pero incluso la paz se alcanza más bien con un trabajo interior que por medio de muchas palabras y acciones. Las bienaventuranzas conducen a un nuevo planteamiento de la espiritualidad.

Los tesoros que se prometen en las bienaventuranzas se encuentran en el reino de Dios (que ya está aquí y ahora, entre nosotros). Esos tesoros se encuentran en el fondo de nuestra alma: heredar la tierra, alcanzar misericordia, ver a Dios, ser llamados hijos de Dios, recibir una gran recompensa en el cielo. Todas estas promesas invitan a dirigir nuestra mirada no al reino de este mundo, sino al de Dios, al Dios que reina en el centro de nuestra alma.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

¿Qué cosas de este mundo te llevan a Dios y cuáles te están impidiendo de hecho llegar a él?

Escribe sinceramente tus propias bienaventuranzas: “Para mí son felices quienes...”.

¿Qué entiendes exactamente por “un corazón puro”?

Pide tres deseos. Compara hasta qué punto coinciden o no con las bienaventuranzas de Jesús y obtendrás hasta qué punto te identificas, al menos intencionalmente, con la propuesta espiritual y humanista de Jesucristo.